

—Pues bien, madre; vaya Ud. á reunirse con él, si le hace á Ud. falta...

Se arrepintió instantáneamente de su vivacidad. Su madre, indignada, protestó. Nunca se separaría de su hija. Nada había de común ya entre ella y aquel desdichado. Sin embargo, al mismo tiempo que le condenaba, no podía menos de compadecerle. Y su rigor no excluía la piedad.

Después de este incidente, la joven experimentó secretas inquietudes. Temió que su madre fuera debil un día; quizá el tiempo completaría la obra de perdón ya comenzada... Pero, sucediera lo que sucediera, para ella ninguna transacción podía ser aceptable, y tomó la resolución de desaparecer ella para siempre, el día que Fernando reapareciera en Croix-Mort.

## XIV

Después de la escena violenta que había precedido á su partida, Fernando quedó en un estado que no puede explicarse. Los nervios sobreexcitados, el cerebro exaltado, pasó el resto de la noche pensando como un loco, queriendo reflexionar y no pudiendo fijar sus pensamientos, que se agitaban en su mente como hojas llevadas por el aire de la tormenta.

Batallaba entre la vergüenza de haber sido descubierto y la ira de sentirse dominado. Había bajado la cabeza bajo las sangrientas inculpaciones que le dirigía aquella mujer que él consideraba tan debil y tan vana. El que á todo se atrevía, el tirano, que no conocía otra ley que su capricho, había quedado sin fuerza, sin resistencia, ante un pobre ser despreciado, súbitamente fortalecido por el sentimiento del deber. La virtud, la moral, palabras que le hacían reír, le habían paralizado, á él, el cini-

co... ¿Cómo podía haber caído él en tal cobardía? Y como la serpiente aplastada bajo el pie de la mujer, se revolvía furioso de su impotencia: todo se derrumbaba en rededor suyo. La familia en que, después de los desórdenes de su juventud, había encontrado un refugio, el puerto de salud, le arrojaba de su seno. Y se veía lanzado de nuevo á todas las borrascas de la vida. Un enojo más profundo se apoderó de él; una postración más completa le abrumó. Se sentía vacío, acabado; se juzgó inútil para sí mismo, dañoso para los demás, y se preguntó si no valía más llegar sin perder tiempo al desenlace obligado de la intriga humana.

Se detuvo enfrente del espejo, sonrió amargamente á aquel desesperado que le miraba con ojos de loco, y fijándose en el hueco que formaban sus cejas en medio de su frente, se dijo que parecía hecho á propósito para recibir una bala. ¿No era este el medio más sencillo, más rápido y más digno de salir de una vez de todas sus dificultades, de todos sus enojos?

Á todos convenía este fin de todo: á él, que descansaría eternamente, y á las dos pobres mujeres, que respirarían al fin libres del miedo y del horror que les inspiraba.

Cogió un revólver en el cajón de su mesa, le acarició maquinalmente con sus dedos, y le acer-

có á su rostro. Unos pasos que sonaron en el techo le detuvieron en la ejecución de su intento. Los criados se levantaban. Miró el reloj; eran las seis. La noche había pasado, y el día alboraba. Se figuró en un instante lo que iba á ocurrir; al ruido de la detonación, todo el mundo acudiría asustado; el tumulto, los gritos, su mujer y Edmea salpicadas de su sangre, y el escándalo, añadiendo un horror más al de su trágico fin.

Recobrose, y resolvió evitarles esta última prueba. Había prometido marcharse, y era preciso cumplir su palabra. Se iría muy lejos, para que no pudiera identificarse su persona, y, dando la libertad á sus dos víctimas, saldaría su espantosa deuda. Se sintió un poco más tranquilo después de tomar esta resolución generosa. Llamó para mandar que engancharan la berlina; hizo su maleta, y partió para París.

París tiene una atmósfera especial, que no está probablemente compuesta de una proporción de oxígeno y de ázoe semejante á la del aire ordinario, porque la vida en París es más ardiente, más arrebatadora que en ninguna otra parte. Este aire aturde y excita fuertemente á los que no están acostumbrados á él. Es el elemento esencial de la actividad de aquellos cuyos pulmones están hechos á su combustión

devoradora. El parisiense alejado algún tiempo de París, languidece y se debilita. Y en cuanto entra en la zona donde se deja sentir la acción de este aire particular, reaparece su vivacidad, sus ideas se modifican, y vuelve á ser el mismo que era antes.

Fernando, á pesar suyo, sufrió esta ley. Cuando vió en el horizonte la masa gris erizada de techos desiguales, de chimeneas enormes, envuelta en una niebla de humo que anuncia á París, cuando atravesó los edificios del ferrocarril, los almacenes, los cocheros, los depósitos, los andenes, y vió las locomotoras silbando terriblemente y arrastrando los vagones llenos de las provisiones necesarias para dos millones de seres vivientes, apoderose de él una agitación febril, y sintió impaciencia de llegar. Él, que al partir decía: "Hago ahora la primera etapa del viaje del que no se vuelve jamás;" saludó á París con la alegría de un *touriste* que hace un viaje de recreo.

Cuando puso el pie en el asfalto de París, tuvo un instante de arrobamiento. Entrose, llevando su maleta en la mano, sin cuidarse de tomar un coche. El movimiento y el tumulto le aturdían, y se encontró al cabo de un momento en la esquina de una calle, mirando á unas mujeres que subían á un ómnibus.

Pensó que perdía la cabeza, y viendo cerca un coche, llamó al cochero, y se hizo conducir al Círculo. No podía ir á su casa, porque ésta se hallaba cerrada, y sus criados habían quedado en Croix-Mort. En el tercer piso del Círculo había habitaciones á disposición de los individuos del mismo que suelen habitar en el campo. Allí, á lo menos, estaba seguro de encontrar un buen servicio y el *confort* que en vano hubiera querido hallar en un hotel.

Almorzó, se vistió, pasó por casa de su apoderado, dió una vuelta por los Campos Elíseos, distribuyó algunos saludos, y á las cinco volvió á casa. Recibiéronle con alegría sus camaradas; anunció que estaba sólo de paso en París, y luego, hablando con los demás, se animó como en sus buenos tiempos, pasó el día alegremente, comió caro y bueno, y á las nueve ya estaba en su butaca del teatro de Variedades.

Solamente hacía doce horas que se había prometido no sobrevivir al naufragio de su vida conyugal, y estaba en una sala de teatro, oyendo con deleite los alegres aires de la música, y aplaudiendo las canciones de la *diva* á la moda.

Al salir del teatro, volvió al Círculo á pie. Hacía un frío seco. Nada de nieve como en Croix-Mort. Siguió por los *boulevards* fumando

su cigarro, encontró algunos amigos, se dejó llevar, cenó, pagó, jugó mucho, y á las cuatro de la mañana se acostó, rendido de cansancio, pero radicalmente curado de sus deseos de morir.

Al despertarse, á las diez de la mañana, en aquella habitación del Circulo, quedó sorprendido de encontrarse allí... Pronto recordó la situación... Experimentó un dolor sordo, recordando la escena trágica de la noche en el castillo, y con orgullo insano se felicitó de haber tenido la fuerza de no dejarse dominar por la desesperación y el desaliento. Fernando pensaba: "Yo no sé cómo he podido dudar de mí; aún no está muerto mi corazón. La vida me reserva todavía gratas sensaciones; no estoy tan agotado, no estoy tan gastado como yo mismo creía. Puesto que ellas me han arrojado de su casa, las olvidaré."

Hizo todo cuanto de él dependía para lograr este resultado y olvidar lo que le preocupaba, y se entregó con exceso á su existencia de otros tiempos. Pero, en medio de la locura, tuvo terribles momentos de lucidez. El atractivo que parecía ofrecerle otra vez el mundo del placer, desapareció prontamente, y vivió sombrío, cansado, exasperado, desatándose en violentas ironías contra los demás y contra sí mis-

mo, incurriendo en excentricidades, que, en medio del desorden mismo de las noches de orgía, chocaban y sorprendían mucho á sus amigos. De pronto su alegría parecía frenética, gritaba, lo rompía todo, y luego caía en una profunda tristeza, de la que nada le podía distraer. Hacía la corte á las muchachas, las llenaba de regalos, y luego las despedía violentamente con groseras invectivas. Se le podía considerar un condenado agitándose en sus cadenas ardientes, sin conseguir romperlas.

Durante la orgía, cuando había bebido con furor, y creía que su inteligencia se apagaba en la embriaguez, veía aparecer súbitamente la imagen de Edmea, pura, dulce y melancólica. Se levantaba entonces sin decir palabra, y seguía al fantasma en la soledad y en el silencio, maldiciendo su miserable suerte, pero encontrando una dolorosa voluptuosidad en pensar sólo en la que le odiaba.

Quiso emplear su tiempo de modo que no tuviera un minuto desocupado; pero no pudo librarse de la terrible obsesión. Lejos él de Croix-Mort, su pensamiento no se apartaba de allí. Acompañaba á Edmea por las calles del parque, la veía á caballo, esbelta, graciosa, galopando delante de él, y parecía que el corazón se le iba á romper en pedazos. Luego se figuraba estar en

el salón, y veía á las dos mujeres sentadas al lado de la mesa, trabajando á la luz de la lámpara. La ilusión era tan completa, que creía oír su voz.

Cayó en una profunda melancolía; no salía de casa, y pasaba los días enteros inmóvil, contemplando la aparición que se complacía en evocar. Entonces fué cuando escribió á Regina las cartas que tan vivamente la conmovieron. Después de quince días de vida desordenada para engañarse á sí mismo, comprendió que lejos de Croix-Mort no podía vivir. Puso en tortura su imaginación para discurrir un desenlace favorable para su situación; pero había un obstáculo insuperable: la aversión invencible de Edmea. El mayor heroísmo, la abnegación más sublime, ¿harían menos ignominioso su amor, y posible lo imposible? Conocía demasiado bien á la joven para poder sospechar siquiera que pudiera llegar á ser infame... Y si él hubiera podido triunfar de ella, ¿la hubiera amado?... ¿No era su ferroz resistencia la que le enloquecía? Gastado, corrompido, viciado, tenía sed de aquella fresca, suave é inexpugnable virginidad. Tentábale aquella nieve inaccesible; hubiera querido envolverla en lodo.

Fernando había llegado al último límite de la irritación cerebral. Un poco más, y el resto

de lucidez que le quedaba sería anulado por la demencia furiosa. Vivía inconsciente de sus actos, dejándose llevar á la ventura, siguiendo á sus amigos á todas partes como un cuerpo sin alma. Habíase notado la extravagancia de su carácter y los cambios repentinos de su actitud; una alegría loca sucedía á una tristeza sombría, un abatimiento completo, y luego un fantástico regocijo... Todo esto sorprendía hasta á aquellas personas cuyo trato él frecuentaba, que no se distinguían ciertamente por su formalidad, y para quienes el desorden era la normalidad de su existencia. Sin embargo, la última proeza de Fernando fué demasiado notable para que no llamase poderosamente la atención de sus amigos, que, hasta después de algunos días, no pudieron explicarse bien las cosas de que no tenían antecedentes.

Fué la noche de Navidad cuando se produjo el incidente en una cena. Acometido de un afán devorador de divertirse, como en los primeros días de su llegada á París, Fernando pasó la noche en el baile de la Ópera, que en aquella época era muy brillante y estaba muy concurrido. Allí, en el salón, en los palcos, en la sala de descanso, hizo alarde de una verbosidad que nunca se le había notado; bromeó, intrigó, y á las tres de la madrugada fué en

alegre compañía á cenar en la *Maison d' Or*.

Allí se encontraban algunas de las más bellas *horizontales* y de las más amables actrices de París. Se sentó entre Fanny Mangin y Cecilia Letourneur, y durante la primera parte de la cena coqueteó con ellas de la manera más alegre y más libre. Después, la fiesta fué animándose: el *Champagne* bebido y derramado sin medida trastornó las cabezas, y se empezó á divagar locamente.

La conversación recayó sobre las mujeres, y un escritor de gran fama quiso demostrar, á modo de paradoja, que en amor lo único envidiable era el placer. Desarrolló su tesis con una profusión de argumentos, que, por decirlo así, chisporroteaban brillantes como los cohetes de una fiesta de fuegos artificiales. Entusiasmado con el éxito y excitado por el vino, proclamó la superioridad del amor libre, y, en medio de frenéticos aplausos, divinizó á la cortesana.

La pintó imperante de un trono, temida y adorada, sobre las ruinas de la sociedad y de la familia, extendiendo su influencia sobre todo, hombres y cosas, encadenando á sus pies á los soberanos, sobre los cuales reinaba por los sentidos, corrompiendo, en interés de su influencia, á los hombres de Estado de mejor reputación

de austeros, traficando con las monarquías y las repúblicas, vendiendo los secretos, comprando las conciencias, y teniendo, en fin, bajo la almohada impura de su lecho el cetro del mundo.

Hubo aplausos y *hurras*, gritos y exclamaciones de entusiasmo; y, en medio de aquel estruendo, Fernando, muy tranquilo en apariencia, se puso en pie. Todo el mundo creyó que iba á bordar sobre el mismo tema variaciones más diabólicas aún; pero no; con voz vibrante exclamó:

—Todos los que aplaudís sois idiotas é insensatos. No hay nada poderoso como la virtud, y nada que triunfe como la castidad. Mirad las criaturas que teneis á vuestro lado y á quienes pagais vuestros placeres. Son esclavas de vuestro capricho. Dadles un puñado de monedas, y les hareis lamer el polvo y el lodo en el suelo. ¡Singulares soberanas estas, que están al servicio de todo el mundo! Tienen el poder del mal; convenido. Y eso, ¿qué prueba? ¡Hacer el mal! Nada es más fácil. ¡Hacer el bien!... Eso sí que es difícil.

Se interrumpió él mismo con una carcajada lúgubre.

—Oye, tú—exclamó Fanny Mangin:—antes eras más divertido. Mira, niño; á estas horas,

la moral está acostada, y no se la debe despertar.

—Dejadle, dejadle hablar, —dijo uno de los comensales.

—El señor de Ayères está cambiado hace algunos días; debe haberle flechado alguna ingenua.

—¿Una ingenua?... ¡Una dama joven!...—exclamó Cecilia Letourneur.—No puede ser; ya no hay de esas. Yo he sido la última, y he valido cien mil francos, que le han venido muy bien á mi respetable señora madre...

—¿Es verdad que estás enamorado, pichón?... —repuso Fanny.—¿Es bonita tu virgencita? ¿Cómo se llama? Ya nos la enseñarás, ¿eh?...

Oyendo estas palabras, Fernando se puso pálido como un muerto. Le pareció que una mano sacrílega acababa de profanar su ídolo tocándolo. Cogió su copa, la arrojó sobre la mesa, donde se rompió, y con la mirada y con la voz insultando y desafiando á todos aquellos calaveras á quienes divertía su cólera, exclamó:

—¡Hato de brutos y de mujerzuelas; me dais asco! Y no caeré en la abyección de estar un minuto más en vuestra compañía.

Levantose un coro de voces irritadas ó bur-lonas alrededor de Fernando, que friamente se

dirigía á la puerta. Antes de salir al corredor, oyó la voz de Fanny Mangin, que decía:

—Pues, señor, el hombre está mal educado de veras.

Y Cecilia Letourneur añadía:

—Es que está tocado el infeliz... ¡Á su salud, amigos; á su salud, que buena falta le hace!

Aunque todos los que habian asistido á aquella escena hubieran podido atestiguar que había hablado loco, ó beodo por lo menos, lo cierto es que Fernando era entonces completamente dueño de su razón. Se iba lleno de asco, hastiado, como había dicho. En el mejor momento de la fiesta, cuando en todas las cabezas se agitaban los cerebros y saltaban como los tapones de las botellas, había visto la imagen de Edmea, pálida y triste, alzarse semejante á un blanco fantasma, y en un instante había mirado con otros ojos la orgia en que tomaba parte. Las fisonomías excitadas de los hombres, los hombros desnudos de las mujeres, los brazos ciñendo los talles, y los labios buscando con ansia la carne, todo aquel espectáculo del desenfreno galante, que tantas veces había presenciado, le causó profunda repugnancia. Sintió venir á sus labios los insultos y las injurias, y con agria satisfacción los arrojó todos á las caras de sus compañeros de crápula.

Pero ya había acabado todo; para él ya no había ilusión posible. No podía estar un día más en París. Á la vida enojosa que llevaba, prefería el aislamiento. Mejor quería concentrarse en su monstruosa ternura, aunque hubiera de encontrar la demencia ó la muerte. Quería volver á ver el país donde Edmea vivía, respirar el mismo aire que ella, ocultarse, espiarla y verla, aunque fuese de lejos y sin que ella lo supiera. Porque no quería ni espantarla ni atormentarla.

Partió el mismo día. Obrando prudentemente, tomó un billete para una estación que estaba á seis leguas de la en que se detenía habitualmente para ir á Croix-Mort. Allí nadie le conocía. En una posada comió, y en un mal cabriolé, en una noche muy oscura, se hizo conducir á dos kilómetros de *La Vignerie*. Á pie se dirigió á su casa, despertó al jardinero, le mandó no decir á nadie que había llegado, y tranquilo como no lo estaba hacia mucho tiempo, esperó el día.

Las semanas que acababan de pasar debía contarlas Edmea entre las más felices. Esta felicidad era, sin embargo, relativa; pero después de agitación tan violenta como en la que Fernando la había obligado á vivir, la calma y la seguridad le procuraron un reposo moral del

que estaba sumamente necesitada. Volvió á su apacible y agradable vida. Lanzó de su espíritu las ideas vengativas y odiosas que le habían atormentado, tuvo el derecho de no prever la infamia, perdió la experiencia del mal, y sintió con delicia nuevamente todos los goces de su inocencia.

El solo punto negro que había en su cielo era la tristeza profunda de su madre. La Baronesa comía, dormía, andaba, hablaba, y sin embargo, no se podía asegurar que vivía. Ejercía automáticamente todos los actos de la vida; pero no existía en ella la voluntad. Se dejaba llevar como un niño; no decía jamás "¡no!"; pero tampoco decía jamás "¡sí!."

Su indiferencia era completa respecto de todo lo que la rodeaba; personas y cosas. Un solo punto lúcido había en su cerebro: el recuerdo. Continuamente recordaba aquel año pasado en París en el torbellino de los placeres, unida á aquel buen mozo, que, solo esta vez, había vuelto á la ciudad de las fiestas.

En el gran salón de Croix-Mort, medio acostada, según costumbre, mientras su hija trabajaba, Regina veía como en un espejo la avenida de los Campos Elíseos, y á cada lado los castaños de movibles ramas á impulsos del viento del invierno, llena de paseantes que marchaban